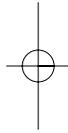
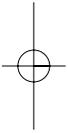


Por favor, rebobinar



ALFAGUARA



© 1998, **Alberto Fuguet**

© De esta edición:

1999, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**

Dr. Anibal Ariztía 1444, Providencia,

Santiago de Chile.

- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.
- **Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.**
Calle 80 Núm. 10-23, Santafé de Bogotá, Colombia.
- **Santillana S.A.**
Avda. Eloy Alfaro 2277, y 6 de Diciembre, Quito, Ecuador.
- **Grupo Santillana de Ediciones S.L.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Santillana Publishing Company Inc.**
2043 N.W. 87 th Avenue, 33172, Miami, Fl., EE.UU.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad 767, Colonia del Valle, México D.F. 03100.
- **Santillana S.A.**
Avda. Venezuela N° 276, e/Mcal. López y España, Asunción, Paraguay.
- **Santillana S.A.**
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Editorial Santillana S.A.**
Avda. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1^{er} piso
Boleíta Nte., 1071, Caracas, Venezuela.

ISBN: 956-239-093-4

Inscripción N° 11.723

Impreso en Chile/Printed in Chile

Segunda edición: mayo 2005

Diseño de cubierta:

Ricardo Alarcón Klaussen

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

Todos los derechos reservados.

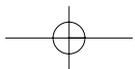
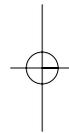
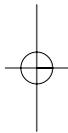
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

ALFAGUARA



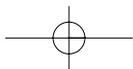
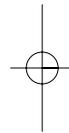
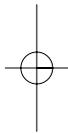
Alberto Fuguet

Por favor, rebobinar

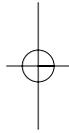
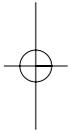


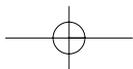
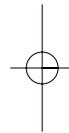
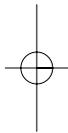
En nuestras vidas americanas, donde no hay coacción en las costumbres y tenemos derecho a cambiar nuestra vocación con tanta frecuencia como se desee y sea posible, es una experiencia corriente que nuestra juventud se prolongue durante los primeros veintinueve años de vida y sólo al llegar a los treinta descubrimos por fin la vocación para la que nos sentimos capacitados y a la que voluntariamente dedicamos un esfuerzo constante.

Gertrude Stein, 1904



Lucas García
Una estrella-y-media





Está claro: soy un extra en mi propia vida. No he tenido dirección, me he confundido con los decorados, mi personaje no aparece siquiera en los créditos.

Necesito un agente. Rápido. Cuanto antes.

Mi vida es como una producción Quinn-Martin. Eso está mejor. Estoy en algo así como el segundo acto de un capítulo aislado de una serie de televisión que ya se ha dado hasta el cansancio. Aún no sé cuál será mi epílogo, pero sé que lo tendré. Tengo que tenerlo. Es lo lógico.

Digamos que estoy en un punto intermedio de mi vida. No sé exactamente cuál es, pero sé que es un momento de *transición* más que de *decisión*. O sea, un momento privilegiado, que no siempre ocurre, un gran lugar desde donde mirar lo que vendrá y, peor aún, lo que pasó.

Estoy en la punta del Empire State, no funcionan los telescopios y está nublado. ¿Se entiende? Digamos que así me siento. Así estoy.

Pasemos a comerciales, será mejor.

Creo que debería empezar a planear mi futuro, puesto que el futuro va a estar conmigo el resto de mi vida, no así el pasado que, con un poco de suerte y un

poco de esfuerzo, perfectamente podré exterminarlo de mi sistema. Ése es mi primer objetivo futurista: borrar el pasado. Al menos las partes que duelen. Lo otro es trabajar en algo, mantenerme levemente activo.

He retornado al Errol's, tal como en los viejos tiempos. He vuelto a ser un chico de video-club. Pero ya nada es igual que antes. Éstos son mis planes para lo que queda de este verano: trabajar, dormir, regar este pasto ajeno y llenar este cuaderno que me regaló Max.

Ése es mi plan.

Éste puede ser el febrero de mi vida.

En dos semanas más cumplo veinte. No se me ocurre a quién invitar. Por suerte ya no tengo casa, nadie se va a poder dejar caer. Mejor dicho: no tengo a quién invitar. No tengo muchos amigos. Tampoco muchos conocidos. Antes tampoco. Eso es lo único que se ha mantenido más o menos igual.

Veinte años. Dos décadas. Harto. Jamás me lo hubiera imaginado. Lo increíble del asunto es que me siento de mucho menos. Por lo menos siete menos. Hay días, eso sí, en que de joven no tengo nada y lo único que siento es un cansancio y un desánimo que pesa como si tuviera un siglo a mis espaldas.

Físicamente, soy bastante nerd, aunque si me vieran de lejos no se darían ni cuenta. Moralmente, también, supongo. Digamos que no soy del tipo Jerry Lewis/Pee Wee Herman, ni me visto como niño de primera comunión. Digamos que soy un poco como Christian Slater en *Suban el volumen*, claro que cuando va a clases, no cuando es bacán y se encierra en el sótano

y habla por la radio y se roba el aire. No, definitivamente no. Por lo menos tengo la honestidad de admitirlo. Soy nerd, tengo el pelo extremadamente corto (aún está rojo) y casi no hablo.

Levemente autista, como todos los grandes.

Cuando me fui a presentar al Errol's, me aprobaron de inmediato. Influyó mi experiencia anterior y mi cinefilia patológica. Incluso un tipo tartamudo y con chaleco tuvo la osadía de insinuar que estaba «sobrecalificado» para un trabajo así. Le respondí que necesitaba una pega como la que ellos ofrecían para distraerme mientras terminaba mi guión.

Eso puede ser cierto: una vida es como un guión. Lo que necesito es un director. Ése puede ser Max. Debe ser Max. Y una estructura, un orden. Necesito una historia para poder llegar a alguna parte. Para así llegar al final.

El tipo tartamudo del Errol's me creyó. Después le solicité que me instalara en la sucursal Santa María de Manquehue y, tal como en una película-hecha-especialmente-para-la-televisión, me dio el puesto. La gente, por lo general, me cree. Mientras más uno miente, más te creen. No creo que trabaje en esto toda mi vida. Mi meta no es tener sesenta años, panza y seguir arrendándoles comedias banales a parejas acabadas que buscan algo que hacer los sábados por la noche. Pero por ahora, salva.

De eso se trata: salvarse.

Si sobrevivo este verano, sobrevivo a cualquier cosa. Por ahora, el Errol's y mucha paciencia. El mejor

remedio. Después se verá. A cada día su propio afán. O cada cosa en su momento, como dice Max. Quizás tenga razón.

Max va a terminar leyendo esto, supongo.

Hola, Max, ¿qué tal?

Max fue el de la idea de todo esto. Me dijo: «Lucas, mientras esté fuera, escribe tus ideas. Las cosas que te gustaría discutir conmigo cuando regrese».

Te estoy haciendo caso.

Es lo único que estoy haciendo. Ya no escribo carátulas, ya no reseño cintas, ya no estudio, ya no voy al cine. Todo lo que antes me llenaba, ahora sólo me deja vacío. Ya ni el Errol's me vuela. Estoy aburrido de tanta ficción, de tanto nombre, de tanto dato.

Me aterra darme cuenta de que ya no soy el de antes. Me echo de menos. No sé con quién estoy.

Max se fue de veraneo y me dejó solo. Justo ahora. Max veranea en Costa Rica y Tikal con su novia y después dice que lo que más le interesa es ayudar a la gente. Lo único que te interesa eres tú. Eres igual a todos, Max Domínguez, igual a todos. No te engañes.

Ojalá me hubieran enviado a la cárcel. No debí haber salido de la casa. Me debí haber quedado ahí, ardiendo.

Soy un chico bueno, Max, me porto bien, qué más se puede pedir. Además, no me he matado. Te he hecho caso. Viste, soy tu paciente favorito. Quién si no yo te recomienda tantas películas.

Me he transformado en Ana Frank, quién lo hubiera dicho. Aquí estoy, escribiendo un diario de vida

como si fuera una mina de doce. Con razón andan diciendo por ahí que me volví loco.

Cuando pienso en Ana Frank, pienso en una niña que estuvo conmigo en el jardín infantil. Era igual a la foto de Ana Frank, ojeras y todo. Esta niñita, me acuerdo, era muy flaca, casi desnutrida, y siempre andaba con unos vestidos de encaje blanco manchados con jugos rojos. Tenía la manía de bajarse los calzones y mostrarnos todo. Incluso nos dejaba meter el dedo. Yo no metí nada, pero quedé bastante impresionado, me acuerdo. Pensé: qué horror, esta chica va a quedar estigmatizada. A ninguno de estos tipos se les va olvidar esta tardecita y, el día de mañana, cuando esta chica esté a punto de casarse, se va a encontrar con un tipo que le va a decir: «Quizás no te acuerdas de mí, pero yo una vez te metí el dedo».

Así, creo, funciona un poco mi mente: más que creer que los ojos de Dios siempre me están mirando, siento que lo que tengo dentro del cerebro, conectado a los ojos, es una cámara que registra cada uno de mis actos. Creo que cuando uno se muere, se va a un gran microcine que está en el cielo y, junto a un comité ad hoc, uno se sienta a ver lo que ya vio.

Eso se llama el infierno.

Algunos, supongo, creen que es el cielo.

Leonard Maltin es el autor del libro *Leonard Maltin's TV Movies & Video Guide*, también conocido como el *TV Movies* o simplemente «el libro de Maltin». Leonard Maltin es un gran tipo. No lo conozco, pero lo intuyo. Debe tener entre 28 y 48, una de esas edades